

MIGUEL CATALÁN

“NIHILISMO”: UNA
EXCLUSIÓN EN EL VACÍO

En un reciente artículo sobre Nietzsche con ocasión del centenario de su muerte¹ se vuelve a utilizar el término “nihilista” aplicado a Nietzsche y Schopenhauer. Al primero torna a atribuírsele una paradójica doctrina: la que combina su supuesto nihilismo con su divisa más firme, el “amor apasionado por la vida”; Schopenhauer, por su parte, sería también nihilista al pensar que no valía la pena “amar la vida”, aun cuando predicara a cambio la primacía de la voluntad y la adhesión a ciertos valores religiosos.

Tales aparentes contradicciones acerca del “nihilismo” atribuido a este o aquel filósofo no son nuevas. El propio Heidegger, aunque no contribuyó precisamente a aclararlo, ya hablaba de un «uso confuso y arbitrario de la palabra nihilismo»². Por mi parte, cada vez que oigo o leo la palabra “nihilista”, sea en su sentido epistemológico o metafísico, aplicada a Hume, Nietzsche o al propio Dewey, experimento la desagradable sensación de habérmelas con un adjetivo menos calificativo que descalificativo. Al modo del “fascista” o “comunista” cuando se utilizan para desacreditar a un adversario, “nihilista” contiene menos descripción que valoración condenatoria. El hecho es que el término no ayuda a comprender el pensamiento de estos autores, porque significando *nihil* “nada”, a ninguno entre ellos se le puede tener por nadista.

A mi juicio, el motivo de este viejo malentendido radica en la naturaleza profundamente metafísica del término ya desde sus orígenes: en 1801, F. H. Jacobi, uno de los primeros filósofos en utilizarlo, tachó a Kant y Fichte de nihilistas porque a su parecer la *cosa en sí* kantiana implicaba la desaparición del objeto, y, finalmente, del propio sujeto. La última intención del idealismo sería la de anularse a sí mismo y abocar al “final perfecto de todas las cosas” (Jacobi, *Werke*, III, 75). Para aquel defensor del misterio y lo incognoscible que era Jacobi, «el idealismo es nihilismo»

¹ Remedios Ávila, “El desafío del nihilismo”, en *El Cultural*, 21-27 de junio de 2000, pp. 10-11.

² Heidegger, “La frase de Nietzsche ‘Dios ha muerto’”, en *Caminos del bosque* (Madrid: Alianza, 1998), p. 163.

(*Werke*, III, 44)³. Ahora bien, los idealistas utilizarían poco después la misma palabra que los denostaba a ellos para denostar a su vez a otros pensadores con quienes nada tenían que ver, pasando así de víctimas a victimarios. Entre estos últimos, William Hamilton (1788-1856), un filósofo idealista, no tuvo inconveniente en tachar a Hume de nihilista sobre la base de que éste negaba la realidad sustancial y sólo daba crédito al mundo fenoménico. Dejando aparte la deliciosa paradoja de que Hume era a la vez, *a fuer de realista*, un no nihilista para Jacobi, y *a fuer de empirista*, un nihilista para Hamilton, cualquier lector ingenuo podría preguntarse: ¿es que acaso el sujeto trascendental no era nada precisamente para Kant (por no hablar del mundo fenoménico para Hume)? ¿Qué propiedad intrínseca hace de unos ideales metafísicos tan diversos como los de Jacobi y Hamilton los únicos que merecen el título de “algo”? El hecho de que Hume no sea un esencialista, ¿nos autoriza a emparentarlo con la nada? Y podríamos continuar preguntando cuántos de entre los filósofos contemporáneos abogan por la primacía de las entidades sustanciales. Denominarlos nihilistas y excluirlos así del mundo de los “alguistas” (al fin y al cabo, del mundo que hace gala de buen sentido al creer al menos en algo) parece a todas luces una operación retórica demasiado cruenta.

Otro asombroso caso de supuesto nihilismo es el de Schopenhauer, quien postuló con su noción de *Wille* un poder (por cierto, de carácter metafísico) que simbolizaba nada menos que la unidad de la naturaleza. También el concepto budista de “nirvana”, tan caro a Schopenhauer, significa algo parecido a la “extinción” del ser aparente y el “prendimiento” del verdadero ser: el ser que para el budismo se encuentra tras las apariencias. Para muchos cristianos, entre ellos los diáconos y sacerdotes, el servicio divino exige un “desprendimiento” respecto al mundo sensible, siquiera en un sentido distinto al budismo. A esos cristianos no les haría muy felices, me parece, la perspectiva de ser tildados de “nihilistas”; y, sin embargo, no se encuentran a salvo de tal

³ He citado a Jacobi a partir de Villacañas, J. L., *Nihilismo, especulación y cristianismo en F. H. Jacobi* (Barcelona: Anthropos, 1989), pp. 478-486. Las citas de Jacobi corresponden a la edición en 6 vol. De G. G. Fleishcer (Leipzig, 1812-1816).

posibilidad. Por ejemplo, Menéndez Pelayo tachó de nihilista la poesía “enfermiza y enervadora”⁴ del místico católico Miguel de Molinos, aunque la nadificación que éste proponía en su *Guía espiritual* no era sino un simple instrumento (una “purga del alma”, en sus palabras) para alcanzar el mar inmenso de la bondad divina. Textualmente Miguel de Molinos propone: «Abismaos en la *nada* y Dios será vuestro *todo*». No obstante esta muestra de religación interior de Molinos, un Menéndez Pelayo que censura entre líneas las simpatías que despertó su quietismo entre los protestantes aplaudirá unas líneas más abajo el decreto de encarcelamiento del místico por parte de la Santa Inquisición en mayo de 1685.

Las autoridades rusas, por su parte, no encontraron ningún inconveniente en llamar “nihilista” a Lev Tolstoi, un cristiano a ultranza que defendía los valores prístinos del Evangelio frente a los formalismos de la Iglesia ortodoxa. Tras leer su drama *El poder de las tinieblas*, dotado de una fuerte carga social, Alejandro III escribió a su ministro del Interior: «Hay que poner término a la ignominia de L. Tolstoi. No es más que un nihilista y un descreído»⁵.

Ahora bien, el pensador que inauguró la tradición consistente en tildar de nihilistas a una gran cantidad de tendencias diversas y ajenas que le desagradaban fue precisamente Friedrich Nietzsche. En el primer libro de *Der Wille zur Macht* (en adelante, WM), Nietzsche tachó de nihilistas a los budistas (WM, § 26), pero también a quienes van en pos de la felicidad, a quienes carecen de metas, a quienes creen que la historia tiene una meta, a quienes ven imposible prever el futuro, a quienes buscan la autoridad de la razón en sustitución de la fe, a los espíritus gregarios (WM, § 28), al nacionalismo, al anarquismo, al romanticismo (WM, § 34), a la poesía popular, a la compasión (WM, § 43), al predominio del dolor sobre el placer y del placer sobre el dolor (WM, § 57), a los tipos morbosos de todas las clases sociales (WM, § 75) y, siguiendo los pasos de Jacobi, a quienes

⁴ Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, IV (Madrid: CSIC, 1963), p. 262.

⁵ Troyat, Henri, *Tolstoi*, vol. III (Barcelona: 1984), p. 39.

creen en la “cosa en sí” (WM, § 27); bajo la figura psicológica del “pesimismo”, también resultan igualmente nihilistas el socialismo, las ideas modernas, de nuevo el anarquismo (WM, § 64), y hasta la parte que menos le agradaba a Nietzsche de su propio pasado biográfico. Dicho de otra manera: nihilista era la forma atributiva que tenía Nietzsche de vilipendiar cuanto detestaba.

Pero acaso fue Heidegger quien, poniéndose a favor del oscuro viento que lo había levantado, terminaría por hacer triunfar la función polémica del término al tachar a su vez a Nietzsche, injustamente, de nihilista⁶, aun cuando Nietzsche se coloca a sí mismo frente al nihilismo, y afirma, por ejemplo, que el nihilismo es “patológico” (WM, § 27), que las consideraciones del nihilista están reñidas “con nuestra más fina sensibilidad de filósofo” (WM, § 31), o que “la transmutación de todos los valores (...) sucederá algún día al nihilismo” (WM, § 3). En un juego malabar de palabras llamativo incluso en el filósofo de Messkirch, Heidegger transformó el nietzscheano descrédito de lo ultramundano en un descrédito de lo mundano, es decir, en su contrario. Heidegger marcó las cartas en este asunto cuando escribió arbitrariamente que “el ámbito para la esencia y el acontecimiento del nihilismo es la propia metafísica”⁷. De manera que quien se desvincule de las realidades metafísicas *es* un nihilista. A partir del supuesto de que no hay vinculación sino con lo ultramundano, Heidegger extrae por su cuenta, sólo que atribuyéndolo a Nietzsche, la inferencia de que lo ultramundo es todo, *puesto que* sin ello no hay nada. Respecto a la nietzscheana transvaloración de los valores, afirma Heidegger: «Tras la inversión efectuada por Nietzsche, a la metafísica sólo le queda pervertirse y desnaturalizarse. Lo suprasensible se convierte en un producto de lo sensible carente de toda consistencia. Pero, al rebajar de este modo a su opuesto, lo sensible niega su propia esencia. La destitución de lo suprasensible también elimina a lo meramente sensible y, con ello, a la diferencia entre ambos»⁸. La tergiversación de Heidegger es una muestra más de la

⁶ *Caminos del bosque*, pp. 157-198.

⁷ *Ídem*, p. 165.

⁸ *Ídem*, p. 157.

“lógica dialéctica” de raigambre hegeliana por la cual cada cosa es ella misma, pero también su contraria en caso de que se avenga a las sedicentes necesidades de la razón. Claro que no encontraremos un solo fragmento en WM que abone la tesis de que lo sensible niega su propia esencia al negar lo suprasensible. Y no se trata de una distensión sintáctica de Heidegger, sino de falta de probidad en la elección de los textos probatorios. Así, puesto que contradecían su tesis de un Nietzsche nihilista, Heidegger no pronuncia una palabra sobre los beneficios de la transvaloración, el nuevo concepto de salud, el honor recuperado de los sentidos frente a lo suprasensible o el papel del *Übermensch* que atraviesan de punta a cabo el primer libro de WM.

Para terminar, también el sentido literario-político de “nihilismo” en Rusia es puramente valorativo, además de en este caso falsamente activista: una especie de sinónimo de “anarquista violento” o “terrorista desenfrenado”. El creador del *nihilista literario* que sirvió de base al uso posterior de la palabra en Rusia, Iván Turgueniev, refiere la primera vez que escuchó esta palabra tras publicar *Padres e hijos* (1862) y hacerse popular su protagonista, el ‘nihilista’ Bazarov, a quien había concebido como un demócrata radical y un defensor de las ciencias experimentales: «¡Mira lo que están haciendo *tus* nihilistas! ¡Están incendiando San Petersburgo»⁹.

En general, mi convicción es que la fortuna que tuvieron Jacobi y luego Hamilton con su anatema (pues se trata principalmente de un anatema moral: Hamilton estaba censurando a Hume por descreer de la realidad sustancial, y Jacobi a Kant por creer en ella de forma irreverente) permitiría en adelante apartar a los filósofos no metafísicos de la comunidad de los buenos filósofos. Quizá por esa razón el nihilista siempre es el otro. Quizá también por esa razón se emplea tal dicterio contra realidades desacreditables que poco tienen que ver entre sí: el idealismo para Jacobi, el fenomenismo para Hamilton, el protestantismo para Menéndez Pelayo, el racionalismo europeo para los lectores eslavófilos de Turgueniev, *tutti quanti* para Nietzsche, y, últimamente, el fascismo y el irracionalismo para muchos.

⁹ *Turgenev's Literary Reminiscences and autobiographical fragments*, Londres: Faber and Faber, 1959, p. 169.

De hecho, el `nihilista´ tiende en cada caso a configurarse como el negativo de su creador; cuanto más timorato sea éste, más modoso resultará aquel. Así, al describir a una muchacha de ideas avanzadas, el novelista Paul Bourget define como “nihilismo” algunos de sus rasgos más enfadosos: «la muchacha (...) profesaba las teorías más atrevidas, se burlaba de los prejuicios e incluso de la moral corriente»¹⁰. Una chica interesante, al fin y al cabo.

“Nihilista” es un adjetivo realmente extremo. Y, como a todo vocablo extremo, hay que tratarlo con extremo cuidado. “Nihil” es tan marginal como su antónimo “Totus”, y por esa razón de marginalidad algunos filósofos políticos han censurado el hecho de que se aplique tan a la ligera el marbete de totalitarismo a regímenes muy diferentes entre sí. Deberíamos llegar al acuerdo de que no todos los tiranos son totalitarios, y de que hay formas más respetuosas con la verdad de aludir a un tirano que llamarlo “totalitario”. A menos, claro está, que nuestra misión sea la de insultarlo. Por la misma razón de prudencia metódica es preciso afirmar que se tacha de nihilistas a individuos y tendencias que tienen muy poco en común... con el agravante de que tampoco son nihilistas.

El único sentido pregnante que puede hoy ofrecernos el término “nihilista”, sea en el ámbito epistemológico o en el moral, es el sentido de falta *absoluta* de existencia o de valor, no de falta de creencia en *ciertas* existencias o valores. La inmutabilidad o la eternidad ya no tienen, en una cultura postmetafísica como la nuestra, una relación necesaria con lo que hay, como sí la tuvieron para Hamilton de forma idealista, para Nietzsche en forma trágica y para Heidegger en forma nostálgica.

Ensayemos una parábola para terminar. Si en el transcurso de la Edad Media europea se hubiera creído en la existencia de los unicornios hasta el punto de abrirse un debate entre creyentes y escépticos del caballo de la crin sedosa, habría resultado factible dividir al mundo entero entre “unicornistas” y “nihilistas”. Bastaría con que algún creyente en la existencia del unicornio hubiera

¹⁰ En la novela *L'étape* (cit. en Foulquié, Paul, *Diccionario del lenguaje filosófico*, Madrid: Labor, 1965, p. 695).

acertado a dar al unicornio un significado “vinculante con la realidad suprasensible”, y a su vez a dar a la “realidad suprasensible” el significado de “única realidad”. También hubiera ayudado el hecho de que otros creyentes en el unicornio aprobaran el razonamiento. Al menos desde la perspectiva unicornista, se habrían formado entonces dos bandos: los “cognitivistas del unicornio” y los “nihilistas”. Los primeros habrían desalojado así a los segundos, con una intención polémica, del grupo donde se encuentra el hablante, un honrado unicornista, a fin de atraer al oyente hacia el viejo y honrado unicornismo.

Cabría argüir que la parábola del unicornio busca a su vez un espantajo para agitarlo ante los ojos del lector, pues, a fin de cuentas, nadie va a excluir al resto del mundo por descreer de los unicornios. En tal caso, casi todo el mundo acabaría por declararse “nihilista”, cuando se trataba justamente de lo contrario: de reducir el número de adversarios. No estoy tan seguro de ello. Bastará quizá con recordar que Heidegger definió en su conjunto a los ateos, a los agnósticos y a los dubitativos como “esos maleante públicos que no creen en Dios”¹¹. Y afirmó de todos ellos lo siguiente: «En efecto, esos hombres no son no creyentes porque Dios en cuanto Dios haya perdido su credibilidad ante ellos, sino porque ellos mismos han abandonado la posibilidad de creer en la medida en que ya no pueden buscar a Dios. No pueden seguir buscándolo porque ya no piensan. Los maleantes públicos han suprimido el pensamiento y lo han sustituido por un parloteo que barrunta nihilismo en todos aquellos sitios donde consideran que su opinar está amenazado. (...) El pensar sólo comienza cuando hemos experimentado que la razón, tan glorificada durante siglos, es la más tenaz adversaria del pensar».

Me temo que la exclusión de una buena parte de la humanidad civilizada, sacada por la oreja del ágora discursiva y luego arrojada a un patio de vecindad donde no se “piensa”, sino que sólo se “razona” por medio del “parloteo”, no equivale a la supresión de unos cuantos locos (Heidegger los llamaría trans-tornados), sino a la exclusión de demasiada gente demasiado distinta entre sí. A los

¹¹ Heidegger, Martin, *Caminos del bosque*, p. 198.

defensores del Estado moderno que se sienten orgullosos por la convivencia de fieles de esta o aquella religión, indecisos, agnósticos y ateos en un mismo espacio de argumentación pública les debe de costar un mundo comprenderse a sí mismos como “maleantes” que hacen uso de la razón mientras creían estar pensando. Claro que la prognosis heideggeriana basada en un análisis tan erróneamente epocal del “nihilismo” difícilmente podía dejar de arrojar un error que no fuera de época. Siguiendo en parte a Nietzsche, Heidegger pensaba que, como “movimiento fundamental de la historia de Occidente”, el nihilismo “muestra tal profundidad que su despliegue sólo puede tener como consecuencia catástrofes mundiales”, y en otro lugar lo asocia con “la decadencia de Occidente”¹². No deja de ser llamativo que al filo del siglo XXI la mayoría identifiquemos el talante que ha producido las catástrofes del siglo XX, no tanto en los rasgos del escéptico más o menos dubitativo cuanto en los del convencido más o menos impositivo de vinculaciones metafísicas con el futuro, el destino o la tierra de los padres. Vinculaciones metafísicas que, al parecer, los escépticos harían bien en reconocer bajo la amenaza de ser tachados de “nihilistas maleantes”. Lo menos que uno puede oponer a semejante declaración es que en pocos lugares como éste se ve con mayor claridad que el lenguaje de Heidegger se encuentra a mitad de camino entre el pensamiento de Nietzsche y la acción de Hitler.

Acaso el síntoma más evidente de la incapacidad descriptiva del término resida en el hecho de que, del mismo modo que nadie se ha considerado a sí mismo un amoral a lo largo de la historia del pensamiento, tampoco nadie se ha considerado a sí mismo un nihilista. Incluso Ernst Jünger prefirió declinar este descriptor para su propia proyección en el *anarca*, representado por Venator, su héroe anarquista, antisocial y escéptico, al que distinguió explícitamente del infame Dalin, “un anarco-nihilista”, caracterizado esta vez por su “universal malhumor” y su “conducta meditada”¹³

¹² Idem, p. 167.

¹³ Jünger, Ernst, *Eumeswil*, Barcelona: Seix Barral, 1980, p. 276.

Espero haber mostrado que, excepto como modelo hipotético de conducta en las clases universitarias de filosofía moral, `nihilismo´ carece de toda utilidad, toda vez que, al igual que le ocurre al socorrido `amoral´, no designa a ningún habitante de la esfera sublunar; en este ameno valle de lágrimas se limita a designar *ex adverso* a los antagonistas con el fin de dejarlos a un lado. No sería tan descabellado proponer a la comunidad filosófica que, durante un tiempo y a modo de purga, vaya dejándose de usar el término “nihilista” excepto para referirse a alguien que realmente crea que nada existe o nada tiene valor; dicho de una manera más sencilla: que se deje de usar en absoluto.